

Universidad Nacional de Córdoba
Repositorio Digital Universitario

De los usos y desventajas del pasado. El retorno de la historia en el discurso social
argentino (2001-2003)

Norma Alicia Fatala

Cómo citar el trabajo:

Fatala, N. A. (2012). De los usos y desventajas del pasado. El retorno de la historia en el discurso social argentino (2001-2003). En Couto-Cantero, P.; Enríquez Veloso, G.; Passeri, A.; Paz Gago, J. M. (coords.). *Proceedings of the 10th World Congress of the International Association for Semiotic Studies (IASS/AIS)*. La Coruña: Universidade da Coruña, pp. 441-452. Disponible en: <http://hdl.handle.net/11086/6258>

Licencia:

Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



De los usos y desventajas del pasado. El retorno de la historia en el discurso social argentino (2001-2003)

NORMA FATALA

Universidad Nacional de Córdoba (Argentina)

Abstract

En la Argentina de los noventa, la de la euforia del mercado, la axiologización negativa del Estado tuvo como correlato, para decirlo con Jameson, una «fragmentación del tiempo en series de presentes perpetuos» (1999:38), que presuponía el «fin de la historia» y un futuro enteramente azaroso. Esta subversión de la articulación temporal propia de las organizaciones nacionales resultó inseparable de la conversión discursiva de la *comunidad política imaginada* (Anderson 1993) en multitudes inorgánicas. No es de extrañar que cuando la fantasía del Primer Mundo se fisura por el peso de la cosa-en-sí, los reclamos populares —que ahora tienen en el Estado un objeto de deseo— pongan de manifiesto una profunda crisis de representación. La respuesta de la dirigencia política será evocar (nuevamente) a la Nación, pero una nación detenida en un benjaminiano umbral, al borde del abismo. Lo que se intentará demostrar en este trabajo —cuyo corpus está constituido por manifestaciones de distintos campos discursivos registradas por la prensa gráfica de Córdoba— es que si la *hegemonía discursiva* (Angenot 1989) de los noventa, cohesionada en torno al discurso económico, instaló la deprecación del pasado como obsolescencia, retraso, etc., el nuevo canon emergente en enero de 2002, pese a su matriz más «política», no estaba en condiciones —por su propia implicación en el «viejo» modelo— de proponer una interpretación del pasado reciente. Construyendo la crisis como un *estado de emergencia*, el discurso de la «salvación de la Nación» operará la detención del tiempo en «un presente casi estático e interminable, por no decir eterno» (Hartog 2007:38). Sólo la paulatina recuperación del país y la reposición del orden institucional harán posible el discurso de la refundación nacional y, con él, el retorno de una narrativa de la Nación, con sus implicancias éticas y políticas.

Este trabajo aborda las relaciones entre articulación de la temporalidad, construcción de la nación y axiologización de la historia en la esfera público-política argentina, según surgen de discursos registrados por la prensa gráfica de Córdoba^[1] entre septiembre de 2001 y septiembre de 2003. Un período que comprende la crisis institucional que alcanza su clímax con la renuncia de De la Rúa, el gobierno de transición de E. Duhalde, y la asunción y primeras acciones de gobierno de N. Kirchner, pero además, un período marcado por el agotamiento del modelo ortodoxo neoliberal.

Todo estudio de la temporalidad conduce en algún momento al Libro 11 de las *Confesiones* de Agustín, donde anticipa a Heidegger en la comprensión de que ser- en- el- tiempo es ser- para- la- muerte, salvo que en el teólogo la angustia de esa finitud esencial es aliviada por la esperanza de la resurrección en una eternidad sin tiempo.

Convertida en doctrina, esta promesa de vida eterna funda la historia cristiana de la salvación, sin duda una instancia notable de los modos en que las sociedades humanas han tratado de dotar de sentido a la contingencia para hacer posible, entre otras cosas, la propia vida en sociedad. Un régimen de temporalidad (una articulación particular de presente, pasado y futuro) puede entenderse entonces como un dispositivo central de las luchas simbólicas por imponer un modo (al menos provisoriamente) hegemónico de conocer el mundo (Angenot 1989).

La emergencia de los estados nacionales modernos lleva las huellas, precisamente, de un trastocamiento fundamental en el régimen de temporalidad. Como ha señalado Benedict Anderson, al provocar el reflujo de la creencia religiosa, el secularismo racional de la Ilustración no había eliminado los males que aquejan a la condición humana, pero había condenado al absurdo las esperanzas en el más allá.

Lo que se requería entonces —dice Anderson— era una transformación secular de la fatalidad en continuidad, de la contingencia en significado. [...] pocas cosas eran (son) mas propicias para este fin que una idea de nación. Si se concede generalmente que los estados nacionales son «nuevos» e «históricos», las naciones a las que dan una expresión política presumen siempre de un pasado inmemorial, y miran un futuro ilimitado, lo que es aún más importante. La magia del nacionalismo es la conversión del azar en destino (1993:29, el subrayado es mío).

En efecto, las repúblicas nacidas en la era de las revoluciones estructuraron la *comunidad política imaginada* (así define Anderson a la nación (1993:23)) en torno a un régimen de temporalidad motorizado por el futuro, independizando su continuidad de la historia de la salvación, para fundarla, terrenamente, en la sucesión (el «progreso») de las generaciones en el territorio nacional. Una comunidad que no es función de la fe, sino de la soberanía territorial y de la persistencia en el tiempo. De allí la importancia que el siglo XIX concedió a la

[1] El corpus está integrado por los periódicos La Voz del Interior (**LVI**) (vinculada al grupo Clarín), La Mañana de Córdoba (**LMC**) (versión local de *Ámbito Financiero*) y Hoy Día Córdoba (**HDC**) (sin vinculaciones corporativas)

historia y al historiador —*mediador erudito entre pasado y presente, alrededor de este objeto privilegiado, si no único, de la nación o del Estado* (Hartog 2007:14)— y que en la Argentina está atestiguada por la vocación historiográfica de Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre y, más aún, por su competencia por dirimir la «manera correcta» de escribir la historia (Costa y Mozejko 2001, 2002).

A partir de la organización nacional, sin embargo, Estado, nación e historia habrían de sufrir diversos avatares en el discurso social argentino hasta adquirir una valoración negativa, a influjo del discurso de mercado, en la última década del siglo XX.

No obstante, la crisis de 2001 vendría a demostrar no sólo la falla en el discurso de la globalización neoliberal, sino la imposibilidad de un discurso político que no pueda *crear o tratar de crear la experiencia de un «nosotros» de cuya voluntad parezcan fluir espontáneamente las actividades del gobierno*, como dice Geertz (1989: 207).

Lo que trataré de demostrar a continuación es que la construcción de un consenso fundado en la reactualización de la «comunidad política imaginada», implica transformaciones sustanciales en los procedimientos de subjetivación e identificación y en la construcción simbólica del Estado nación, así como la articulación de un régimen de temporalidad que provea de continuidad al colectivo nacional.

Es imprescindible repasar rápidamente la década del 90, porque a partir de noviembre de 2001, cuando es liberado de prisión y se reincorpora a la vida política para sostener, si cabe, una profundización del modelo ultraliberal, Menem se transforma en el gran adversario de los otros participantes del campo:

[...]El ex mandatario aseguró que en el país «el 80 por ciento de la economía está dolarizada y es muy posible que con el correr del tiempo, y en la medida que avance el proceso de integración del ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas), podamos tener como moneda única el dólar». («Menem dijo que en 2003 se postulará a la presidencia», HDC 26/12/01).

Dos veces electo presidente de la Nación, encarnación del éxito del modelo neoliberal y operador visible de una peculiar hegemonía ideológica, su espectacularidad bizarra no debe inducir a menospreciar la magnitud de los desplazamientos producidos al instalar sistema significativo de la globalización, fijado por el *capitonnage* (Žižek 1992:125) de la economía de mercado. Este *point de capiton* satura de sentido toda una red de significantes (desregulación, modernización, privatizaciones, libre comercio, convertibilidad, competitividad, costo social, etc.); a la vez que sobredetermina, desde el lugar de un Otro extranacional, la construcción misma de identidades nacionales^[2]. No se trata de un Otro que nos constituye por oposición (como «los imperialismos» de Perón), sino de un Otro al cual debemos agradecer: el orden glo-

[2] Para Žižek, la identificación simbólica (el ideal del yo [*Ich-Ideal*]) es constitutiva por ser una identificación del sujeto «con alguna característica significativa (...) del gran Otro, en el orden simbólico» (146), es decir, con el lugar desde el que somos observados (147); por eso afirma que el Ideal del yo se puede construir legítimamente «como una función social e ideológica» (154).

bal neoliberal; de allí el recurrido eufemismo de «estar en el Mundo» que aun en medio de la debacle de 2001 es un eslogan de campaña del menemismo

Puerta dijo que a partir de 1989, el justicialismo trabajó «para que (Carlos) Menem tuviera dos mandatos, uno de modernización y otro de inserción de la Argentina en el mundo». «Ahora trabajaremos para que De la Rúa termine su mandato en el 2003 y nos dé la posibilidad a los que aspiramos desde el justicialismo a conducir, a partir del 2003, los destinos de la Argentina, recibirla en mejores condiciones», sostuvo («El Justicialista Ramón Puerta es virtual vicepresidente argentino» HDC30/11/01:3).

Pero la *razón cínica* (Sloterdijk) que subtiende el discurso menemista y permite una construcción más o menos desembozada de la pérdida de soberanía («estar en el mundo»/«relaciones carnales» con EEUU) no es obstáculo para que el discurso del mercado hegemonice el campo de significaciones apelando a su legalidad «natural» y derivando las consecuencias de su propia falta (la incompatibilidad del capitalismo global y la universalización del bienestar) hacia otro lugar. Parafraseando a Žižek, puede decirse que en la fantasía^[3] menemista lo reprimido en lo simbólico retorna en lo Real en la sintomatización del Estado como obsoleto, deficitario, proteccionista, opresor de la iniciativa privada, etc., compatible con la desagregación de la *comunidad política imaginada* en una multitud atomizada de consumidores.

Tal es la aceptabilidad de este discurso en la Argentina «próspera»^[4] de principios de la década, que el centenario periódico *La Voz del Interior*, el diario de mayor tirada en el interior y tercero en el país (60.000 ejemplares), puede reproducir estos consejos de la Asociación Argentina de Marketing y, sobre todo, esta construcción de la pobreza:

Los pobres también consumen: *aunque los sectores bajos están muy extendidos, hay que alejar el prejuicio de que toda clase baja es marginal y que no consume. Como consejo para las empresas, Schmeichel sostiene que «tienen que elaborar estrategias para la clase baja, porque gran parte del volumen que ellos comercializan se dirige a estos sectores. Son el 55 por ciento de la población y aunque tomen menos gaseosas que otros sectores, los millones de litros que consumen son muchísimos y no deben ser desestimados como consumidores» (R. Accotto: «Quién es quién en el mercado argentino»; LVI 14/02/93: E 3)*

Paradoja de las paradojas, como se observará, el liberalismo —que nunca a partir de Perón pudo ganar elecciones y tuvo que regir los destinos económicos del país mediante gobiernos de facto— ha logrado, bajo la insignia partidaria de su antiguo enemigo, subvertir término a

[3] Utilizo *fantasía* en el sentido de Žižek (1992:173-4), como una argumentación que postula un mundo coherente y homogéneo y una causa otra, un síntoma (*sinthome*), para impedir que lo Real —que por definición no puede ser simbolizado— penetre el campo del significante y revele la incongruencia, la falla constitutiva, del sistema pretendidamente total y autocontenido que sustenta la hegemonía ideológica.

[4] Así la describe en 2003 *La Mañana de Córdoba*, versión local de *Ámbito Financiero*: *En 1995 al riojano le fue fácil ganar con una Argentina próspera.* («Razones del fracaso de Menem», LMC 22/05/03:05).

término los componentes de su visión de mundo. La tergiversación comienza por el mismo lugar de la enunciación, ese *nivel de la verdad* —fuera de la política, fuera de la historia— donde se posicionaba Perón (Sigal y Verón 2003:60-1) es ahora ocupado por economistas neoliberales. Lo que sigue, hace sistema: las «masas organizadas» se transforman en multitudes inorgánicas, incluidas sólo en tanto consumidores en este «capitalismo de pobres», como ha dado en llamarlo Marc Angenot; y el Estado fuerte, capaz de dirigir el rumbo de la economía (i.e., de las corporaciones económicas), se transforma en un Estado debilitado y sometido a los vaivenes internacionales de una economía básicamente especulativa.

Congruentemente, la axiologización negativa del Estado y de la comunidad política es concurrente con una fijación economicista en lo *actual* ^[5] y una manipulación de la temporalidad que absolutiza el presente, pero no un presente histórico como el primer peronismo, sino una serie fragmentaria de presentes perpetuos (Jameson 1999:38), donde las preguntas acerca de las causas o las consecuencias no encuentran lugar, ya que se presupone la irrelevancia del pasado (el fin de la historia) y la *posposición indefinida* del futuro por la rápida sucesión de esos presentes seriales que lo empujan hacia la nada.

Sólo cuando a fines de los noventa lo Real penetra el campo del significante bajo la forma de endeudamiento insostenible, vaciamiento del estado, parálisis productiva y desempleo, sobreviene la revulsión y reaparecen en los discursos sociales las categorías de espacio (como desterritorialización) y tiempo (como abominación del pasado reciente o incertidumbre por el futuro). El estallido de la fantasía de los noventa y el consecuente descrédito del discurso experto de los economistas parece ampliar las condiciones de posibilidad del discurso político. Con rigor post-menemista, la sociedad argentina demanda de la dirigencia política un discurso «verdadero», que sostenga una relación de correspondencia con las cosas y tematice el bien común. Pero a pesar de su retórica socialdemócrata, el gobierno de la Alianza (constituida por la Unión Cívica Radical y el Frepaso, un desprendimiento del Justicialismo) pronto incumplirá el contrato de habla preelectoral, transformándose en la continuación de la política menemista, hasta el extremo de reponer en el Ministerio de Economía a D. Cavallo, ideólogo de la convertibilidad.

Más allá de las razones obvias, como la falta de cohesión interna y programática de la Alianza, que pronto se fue disgregando, por la renuncia del vicepresidente frepasista C. Álvarez y por el aislamiento del Presidente de su propio partido, lo cierto es que un relevamiento de los periódicos sugiere que la Alianza alcanzó el gobierno, no el poder, herida de una representación imposible, porque el discurso económico satura toda la vida pública en un crescendo que refleja la profundización de la recesión y, sobre todo, *la inminencia de una futuro temido* (el default).

El propio Presidente, al intentar hacer una reseña de su gobierno en un acto partidario en noviembre de 2001, *sólo puede producir una historia de medidas económicas fallidas* («De la Rúa acusó a Menem de incapaz», LVI 23/11/01: A 2). Este extenso discurso de justificación^[6], que apuesta al *pathos* para fundar su credibilidad, pone en evidencia la debilidad extrema de la

[5] Esta relación ya fue señalada en 1958 por F. Braudel en «La larga duración» (2006:14)

[6] El discurso de justificación, según Charaudeau, navega «entre intención y resultado», y es el correlato de una crítica que pone en dudas la intención o las competencias (2005:97).

instancia política, entre otras cosas, porque, en sus operaciones ideológicas, el Enunciador no tiene competencia para definir a ese Otro (ese *Tercero ausente*, diría Charaudeau) en nombre de quien se gobierna y por lo tanto orienta sus selecciones léxicas a producir la confusión objeto dinámico/ objeto inmediato en el polo de *reconocimiento*.

«Ahora anda el ex presidente diciendo que debe recuperarse el liderazgo que él ejercía; liderazgo con el que fue incapaz de preservar la nacionalidad de las empresas y con el que fue incapaz de evitar el endeudamiento que hoy nos acosa», sentenció De la Rúa (el subrayado es mío).

La ambigüedad (indecidible por cierto) de la «nacionalidad» de las empresas abre la semiosis a posibilidades opuestas, según el interpretante se inscriba en la matriz estadocéntrica (Cavarozzi): nacionalidad = estatalidad, como término de la oposición público/privado, o en la matriz mercadocéntrica, donde la oposición nacional/extranacional viene a definir meramente una cuestión de radicación empresarial y puede remitir a empresas privadas de capitales «nacionales».

Comparativamente, el periódico financiero *La Mañana de Córdoba* no tiene problemas en definir al Otro que debemos complacer:

No varía el concepto en el exterior de que la Argentina es un barril sin fondo que consumió todas las ayudas (blindaje, megacanje, minicanje, etc.) utilizando ahorros del mundo en su provecho, negándose a cumplir el objetivo de vivir con sus ingresos, sin déficit («Peor panorama», LMC 12/11/01:6).

Pero la prueba más contundente de la marginalidad de lo político puede encontrarse en la manera en que el 3 de diciembre de 2001 los periódicos registran el discurso presidencial de la víspera, el primero después del establecimiento del «corralito financiero» que congeló los depósitos bancarios de miles de ahorristas. Salvando las titulaciones y algún párrafo suelto del discurso del Presidente (que según *Hoy Día Córdoba*, duró dos minutos), toda la información se focaliza en los dichos del ministro, en el análisis de las medidas y en la especulación sobre las consecuencias económicas.

Con una impronta cataclísmica de *futuro-ya-aquí*, la instauración del corralito preanuncia el clímax de la crisis porque vuelve inocultable no sólo la debilidad del gobierno, sino de la clase política y sus posibilidades de mediación entre los intereses inconciliables de sus supuestos representados y aquellos de los vectores supranacionales de poder. Políticamente inorgánicas y diversas en cuanto a sus intereses sectoriales, las masivas manifestaciones que por esos días ocupan diariamente las calles del país tienen como únicos vínculos comunes la identificación con los símbolos nacionales (indicial del retorno del Estado como *objeto de deseo*) y el rechazo por sus representantes, cuya forma más sintética es la consigna «que se vayan todos».

El ojo de la tormenta abarca los últimos diez días de diciembre (los luctuosos sucesos del 19 y 20, la renuncia de De la Rúa, la sucesión de presidentes), hasta la elección de Eduardo Duhalde como presidente transitorio para completar el mandato de De la Rúa. Desde esta frágil legitimidad, Duhalde va a acometer el programa que había planteado en noviembre:

El electo senador nacional por el PJ bonaerense, Eduardo Duhalde, dijo que con «simples medidas no se puede salir» de la crisis, por lo cual reclamó al gobierno «reconstruir el poder político y dar un gran viraje». («Para el ex gobernador Duhalde el país está en condiciones de comenzar el gran cambio», HDC 21/11/01:3)

A pesar de su carácter traumático, el «gran viraje» (salida de la convertibilidad, devaluación, pesificación) es posible porque responde a las expectativas de grandes sectores políticos y económicos; en tanto que la reconstrucción del poder político requiere de una ingeniería más trabajosa y de mayor duración. La necesidad de (ganar) tiempo se traduce en la estrategia central del discurso duhaldista: construir la experiencia colectiva de ruptura de la continuidad como una *crisis del tiempo* (cuando las articulaciones entre el pasado, el presente y el futuro dejan de parecer obvias (Hartog 2007:38)), para instalar el *estado de emergencia*, inseparable de la detención del devenir y la dislocación de las cronologías (Benjamin 1989). Un presente extendido y casi inmóvil, que se substrahe del *futuro-que-conduce-al abismo*, viene así a suplantar la serie de presentes fugaces de los 90

La primera de las operaciones que contribuyen a este fin es la manipulación por el temor (a la disolución, a la anarquía, al des-gobierno), un discurso apocalíptico que excede la exigencia ciudadana de transparencia, describiendo ad infinitum la fragmentación social y la bancarrota del Estado. Discurso que por lo demás encuentra eco en las manifestaciones mediáticas de otros sectores canónicos, como las jerarquías eclesiásticas, y que permite la construcción de la ciudadanía como sujetos del despojo, pero también como una multitud atomizada, en riesgo de disolución: un «estado de naturaleza» que exige un nuevo contrato social.

Son decisiones tremendas y sabemos que tenemos que afrontarlas»[...] «El nuestro es un pueblo que ha sido saqueado, la clase media ha sido destruida» [...] Aludió también a «la otra situación, la de los excluidos de todas las relaciones, las políticas, económicas, sociales, culturales, laborales, educativas» y remarcó que «no hay más remedio que afrontar la situación con convicción». («Lo afirmó el flamante mandatario a poco de asumir...» HDC 3/01/02: 3)

Con el respaldo de la Iglesia Católica, Eduardo Duhalde convocó anoche a un «diálogo social», en un discurso en el que propuso «enfrentar el derrumbe» que, según graficó, puso a la Argentina en «el límite de la anarquía y la violencia fratricidas» (HDC 15/01/02: 1)

Correlativamente, la liquidación sumaria del pasado mediante el reconocimiento del rol de la clase política en la crisis y la exclusión de los responsables más visibles (transformados en síntomas o chivos expiatorios) deja incólumes las pretensiones de competencia para la función pública del resto.

Más adelante [Duhalde] destacó que «los que hemos gobernado este país en las últimas décadas, civiles y militares, somos responsables de la situación en la que nos encontramos, pero debemos ser hoy parte de la solución» (HDC 03/01/02: 3)

«Vengo a pedirles que en este ámbito encontremos las soluciones concertadas para el mediano y largo plazo», expresó [Duhalde]. «Participaremos constructivamente con la voluntad de superar la crisis de esta Nación, a la que nos llevaron ineptos y corruptos», dijo luego (HDC 15/01/02: 1).

La reafirmación de la relación asimétrica gobernantes/gobernados se complementa con el desplazamiento de la identificación simbólica hacia el interior del Estado territorial: la reposición de la Nación en el lugar del Otro, el significantes-amo, *lo cual implica la separación de los campos político y económico*, ya que sólo en este último sentido el otro extranacional (los acreedores internacionales) nos constituye en «nosotros» (los sujetos de la deuda soberana). Esto permite que en torno a un único *point de capiton*, la «quiebra» o «bancarrota» del país, se puedan coagular dos redes significantes: una hacia el interior (el discurso de «salvación nacional») y la otra hacia el exterior (el discurso del pago de la deuda condicionado a la recuperación de la economía).

La construcción del presente creador de historia; de un gran Otro al cual hay que salvar para complacer (la Nación al borde del abismo), pero que a la vez constituye el marco de referencia ética para la relación de representación (Charaudeau 2005:67); se completa con los rasgos que definen la identidad presidencial como objeto de la identificación imaginaria:

Duhalde reiteró su renuncia a la candidatura de 2003 y agregó que ya había «enviado la renuncia a los altos cargos en el justicialismo nacional y provincial». «Quiero ser un servidor despojado de compromisos partidarios y ambiciones futuras», enfatizó (HDC, 15/I/02: 1).

En diciembre de 2002, el *relato de la paulatina recuperación del país* marca la salida simbólica del umbral de la emergencia y el tiempo se mueve nuevamente. El relativamente recompuesto campo político se agita con las turbulencias de las internas —no sólo en el PJ, sino también en la UCR—, con las campañas, con el resultado de los comicios —que determina un ballottage entre dos candidatos peronistas, Menem y Kirchner— y finalmente con la renuncia del primero. Todas estas instancias ofrecen indicios de que una institucionalidad política relativamente estabilizada favorece una mirada retrospectiva, así sea para aniquilar al adversario, como en este cruce de declaraciones posterior a la defección de Menem:

El ex jefe del Estado volvió a relacionar a Kirchner con «el montonerismo», y desafió: «que se quede con el 22 por ciento de los votos, yo me quedo con el pueblo». («Chau Menem, hola Kirchner», HDC 15 /05/03:1)

«Esos mismos intereses que coparon el Estado y compraron la política, a esos que corrompieron a los dirigentes y arruinaron la vida de los ciudadanos se tributa esta huida», dijo. Por todo esto, aseguró que «el 25 de mayo la República Argentina tendrá presidente» y que asumirá «con coraje y decisión la responsabilidad de gobernar la República» («Kirchner trazó las primeras definiciones», HDC 15/05/03:3).

Estos usos lacunarios del pasado no son, sin embargo, exclusivos del discurso político, sino que son frecuentes en la prensa, notablemente con relación a la década del 70.

Promesas, anuncio, mucha gente y clima de fiesta en una jornada histórica. Kirchner asumió como presidente. En un día como el de ayer, hace 30 años, también juraba en ese cargo Héctor Cámpora. (Eduardo Bocco: «Firme promesa de cambio de rumbo», LVI 26/05/03: A 2)

Nadie querrá tampoco, mirando hacia el pasado como le gusta tanto al peronismo que viene, que esa fiesta termine en otro Ezeiza. («Con expectativa, asume Kirchner», LMC 23/05/03:3)

Más allá de sus usos agónicos, la construcción del pasado aparece vinculada a los dispositivos de identificación y la configuración de colectivos no asociados al consumo. En ese sentido, el discurso inaugural de Kirchner, explícitamente refundacional, requiere la postulación de colectivos de los cuales se pueda predicar una continuidad, es decir, construir un relato, con sus implicancias éticas y políticas^[7], y proyectar un futuro.

El primer colectivo que aparece, en su recorrido de la historia política del país desde el retorno de la democracia, no es otro que la clase política, de allí que el pasado referido constituya un objeto de lucha simbólica:

No debe la dirigencia política agotar su programa en la obtención de un triunfo electoral, sino que por el contrario, de lo que se trata es de cambiar los paradigmas desde los que se analiza el éxito o el fracaso de una dirigencia y de un país.

A comienzos de los '80 se puso el acento en el mantenimiento de las reglas de la democracia y los objetivos planteados no iban más allá del aseguramiento de la subordinación real de las Fuerzas Armadas al poder político.

La medida del éxito de aquella etapa histórica no exigía ir más allá de la preservación del estado de derecho, la continuidad de las autoridades elegidas por el pueblo. Así, se destacaba como avance significativo y prueba de mayor eficacia la simple alternancia de distintos partidos en el poder.

En la década de los '90, la exigencia sumó la necesidad de la obtención de avances en materia económica, en particular en materia de control de la inflación.

La medida del éxito de esa política la daban las ganancias de los grupos más concentrados de la economía, la ausencia de corridas bursátiles Y la magnitud de las inversiones especulativas, sin que importaran la consolidación de la pobreza y la condena a millones de argentinos a la exclusión social, la fragmentación nacional y el enorme e interminable endeudamiento externo. Así, en una práctica que no debe repetirse, era muy difícil distinguir la solución pragmática de la cirugía sin anestesia.

[7] En tanto Ricoeur considera al relato como «el primer laboratorio del juicio moral» (1996:138), Hayden White relaciona la dimensión ética de la narrativa en general con un orden político social (cfr. 1992:27-8).

Se intentó reducir la política a la sola obtención de resultados electorales; el gobierno, a la mera administración de las decisiones de los núcleos de poder económico con amplio eco mediático, al punto que algunas fuerzas políticas en 1999 se plantearon el cambio en términos de una gestión más prolija, pero siempre en sintonía con aquellos mismos intereses.

El resultado no podía ser otro que el incremento del desprestigio de la política y el derrumbe del país (LVI, 26/05/03: A 11).

Un segundo colectivo de pertenencia, el generacional, enmarca la construcción de sí, una *identidad narrativa*^[8], en términos de Ricoeur, urdida en la trama de la historia nacional, donde integra ciertas discontinuidades o variaciones a la permanencia en el tiempo. A la configuración del «carácter» por la dialéctica mismidad/ ipseidad, se superponen juicios de valor y promesas que señalan la inserción de la dimensión ética.

Formo parte de una generación diezmada. Castigada con dolorosas ausencias. Me sumé a las luchas políticas creyendo en valores y convicciones a los que no pienso dejar en la puerta de entrada de la Casa Rosada.

No creo en el axioma de que cuando se gobierna se cambia convicción por pragmatismo. Eso constituye en verdad un ejercicio de hipocresía y cinismo. Soñé toda mi vida que éste, nuestro país, se podía cambiar para bien. Llegamos sin rencores pero con memoria. Memoria no sólo de los errores y horrores del otro. Sino que también es memoria sobre nuestras propias equivocaciones. Memoria sin rencor que es aprendizaje político, balance histórico y desafío actual de gestión (LVI, 26/05/03: A 11).

Un «pasado selectivo» (Williams 1997) es postulado, finalmente, cuando se interpela al colectivo ciudadano —con el que se incluye en un nosotros de máxima extensión— a identificarse con el proyecto refundacional:

Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros. De nuestra generación, que puso todo y dejó todo, pensando en un país de iguales

Porque yo sé y estoy convencido que en esta simbiosis histórica vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos. Vengo a proponerles un sueño: quiero una Argentina unida. Quiero una Argentina normal. Quiero que seamos un país serio. Pero además quiero también un país más justo. Anhele que por este camino se levante a la faz de la tierra una nueva y gloriosa Nación. La nuestra. (LVI, 26/05/03: A 11).

Cabe señalar que el revisionismo histórico planteado en este discurso tendrá una continuidad marcada en el desarrollo de la gestión (Cf. «Por la memoria histórica», HDC

[8] Es decir, una identidad dinámica que ejerce una función mediadora entre los polos de la mismidad y la ipseidad (P. Ricoeur 1996:147).

10/06/03: 3), confluyendo y realimentándose con las iniciativas memorialistas surgidas de la sociedad civil, especialmente en el campo de los derechos humanos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

A pesar de los escasos elementos que se pueden desarrollar en tan corto espacio, creo que se ha puesto en evidencia de qué manera la crisis de 2001 constituye una verdadera bisagra en el modo de decir/hacer la política en Argentina. La recuperación del margen de posibilidad del discurso político —en un sentido irreductible al discurso del marketing (Verón 2002), es decir, como un discurso agónico que debe producir la «verdad» o al menos lo verosímil, lo opinable, para un destinatario general homologable al colectivo nacional— deriva en parte de la separación de los campos discursivos económico y político, pero hubiera sido imposible sin la reaxiologización del Estado y la reposición de la Nación (con una semantización oscilante entre la Patria y la comunidad política imaginada) en el lugar del gran Otro o Tercero abstracto que funda la identificación simbólica y, por lo tanto, las relaciones de representación.

En cuanto a la temporalidad, se han desplegado las diversas posibilidades del *presentismo* (Hartog 2007) que es la marca de la época; fugaces presentes seriales, un presente extenso, detenido, y un presente que se articula con el pasado y el futuro, casi al modo de la modernidad temprana, por relaciones de causalidad^[9]. Su distribución en el tiempo, a pesar de su carácter aparentemente regresivo, lleva las marcas de la más actual de las sospechas: un futuro, si no ominoso, al menos incierto, y una aceleración que no lleva a ninguna parte.

Así como la valoración del Estado nación y la comunidad política, los usos del pasado están en relación directa con la figuración del presente. En el discurso neoliberal de Menem (y también de De la Rúa), el pasado sólo existe en términos de historia económica reciente, ya sea para deslindar responsabilidades o poner de relieve sus competencias (por ejemplo, la recurrente alusión de Menem a su «victoria» sobre la hiperinflación), porque no pueden apelar a sus tradiciones partidarias. En el discurso de Duhalde, por el contrario, la historia «monumental» partidaria se filtra a través de citas, pero sobre todo como paradigma del dispositivo de enunciación (su construcción de sí como servidor de la Patria sin ambiciones y la construcción de un colectivo nacional políticamente importante, pero pasivo, calcan la enunciación de Perón). En el discurso de Kirchner, la noción de historia como proceso, la puesta en discurso de un pasado selectivo y la configuración de una colectivo ciudadano activo, constituyen huellas del pensamiento de raigambre ilustrada que confluyó en la formación de la izquierda peronista a partir de los años 60. En ese marco, la revisión de un pasado que involucra delitos de lesa humanidad, transformada en política de Estado; aparece a la vez como una presentización del pasado, dada la *imprescriptibilidad* jurídica de esos crímenes (Hartog 2007:234), y como un «saldar la deuda», que es una forma de liquidarlo.

[9] Como he señalado en otra parte (2008), en el discurso de Kirchner hay elementos de *pronóstico racional*, según Koselleck (1993: 33), un factor de integración del Estado.

FUENTES PERIODÍSTICAS

Hoy Día Córdoba (HDC)

La Voz del Interior (LVI)

La Mañana de Córdoba (LMC)

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Anderson, Benedict (1993): *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. Tr. Eduardo L. Suárez. México: FCE.
- Angenot, Marc(1989): *1889 Un état du discours social*. Québec: Le Préambule.
- Braudel, Fernand (2006) «La larga duración», *Revista Académica de Relaciones Internacionales*, N° 5 Noviembre de 2006, UAM-AEDRI ISSN 1699 - 3950 www.relacionesinternacionales.info
- Cavarozzi, Marcelo (1996): *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*. Buenos Aires: Ariel.
- Charaudeau, Patrick (2005): *Le discours politique. Les masques du pouvoir*. París: Vuibert.
- Costa, Ricardo y D. Teresa. Mozejko (2001): *El discurso como práctica. Lugares desde donde se escribe la historia*. Rosario: Homo Sapiens.
- (2002): «Producción discursiva: diversidad de sujetos», en *Lugares del decir. Competencia social y estrategias discursivas*. Rosario: Homo Sapiens: 13-42.
- Fatala, Norma (2008): «Temporalidad y cambio. El estado nación y sus sujetos en el discurso político», *Pensares N° 5 Ciudadanías*. Córdoba, CIFFyH - UNC: 621-642
- Geertz, Clifford (1989): *La interpretación de las Culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Hartog, François (2007): *Regímenes de historicidad. Presentismo y experiencias del tiempo*. Trad. Norma Durán y Pablo Avilés. México: Universidad Iberoamericana. Depto. de Historia.
- Jameson, Fredric (1999) «El posmodernismo y la sociedad de consumo» [1988], en *El giro cultural*, Manantial, Buenos Aires, pp.15-38.
- Koselleck, Reinhart (1993): *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Ricoeur, Paul (1996): *Sí mismo como otro*. México: Siglo XXI.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (2003): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Verón, Eliseo (2002): «Mediatización de la política: discursos en conflicto, cruces y distinciones», entrevista realizada por María E. Qués y Cecilia Sagol, en *deSignis/ 2 La comunicación política. Transformaciones del espacio público*. Barcelona: Gedisa.
- White, Hayden (1992): *El contenido de la forma*. Barcelona: Paidós.
- Williams, Raymond (1997): *Marxismo y Literatura*, Barcelona: Península /Biblos.
- Žižek, Slavoj (1992): *El sublime objeto de la ideología*. México: Siglo XXI.